

LA TACTILIDAD INVISIBLE

Universidade Invisíbel

Noviembre de 2008.

0.1. Tesis para la nueva tactilidad.

A) La invisibilidad no es una mera cualidad física, ni puede ser definida por una carencia –“lo que no se ve”-, ya que para reconocer algo como invisible su presencia debe ser detectada de antemano. Lo invisible nace siempre de una ontología positiva, tan sólo definida *a posteriori* como carencia, pero primeramente referida a un olfato, una tactilidad, una degustación en curso. Lo invisible es siempre objeto de sospecha. Digámoslo así: algo que se presenta informe ante el ojo, acecha la inteligibilidad de su fallido nervio óptico.

B) La universidad invisible degusta y desprende los sentidos de una nueva tactilidad universal, la de los cuerpos cerebrados que se tocan en el espacio, ya sea éste físico o virtual, para producir la riqueza de lo social. La invisibilidad de esta *universitas* velada remite al fin a la producción; llámese ésta producción del valor, producción de subjetividad, o simplemente, creatividad social. Esta forma de creatividad, con la llega del capitalismo postindustrial, centra sus procesos de valorización económica alrededor de la producción de semióticas, conocimientos expertos y estilos de vida, es por ello que no puede ser ya nada más que, directa y primeramente, social o colectiva. Las patentes o las *enclosures* que la reticulan legalmente, la privatizan y cortocircuitan su tactilidad colectiva llegan después, siempre después, imponiendo su peculiar mirada y preparando una invisibilidad que no es sino el producto de una lente perversa; un espejo que ahora, lejos de intentar representar lo que tiene frente a sí, no refleja sino la estructura de su propio cristal: es decir, la geometría de sus propias normas de organización. Ésta es lo que significa *la invisibilidad en*

el espejo normativo: un ocultamiento mágico o truco óptico que renueva y reactualiza el viejo concepto del fetichismo.

C) En el contexto de fetichización normativa, la emergencia, el encorporamiento y la articulación práctica de la universalidad invisible -la *universitas* creativa- se revela para los invisibles como el mayor reto de renovación política y vital. Ahora bien, ya que como decimos, la corporalidad antecede a la invisibilidad, no basta con un simple desvelamiento para que se propicie el cambio requerido, pues la visualización no puede ser sino el efecto de una nueva materialidad que es dibujada en la sospecha olfativa, en la recomposición táctil y la degustación de la corporalidad de la *universitas* invisible a través de la creación de instituciones-monstruo declinadas en red.

0.2. La doble hélice de la Universidad-Metrópolis.

Durante el siglo XX la institución universitaria vivenció dos pasajes fundamentales. De la Universidad-Elite, de composición fundamentalmente burguesa y enfocada hacia la producción de cuadros de mando social técnico y político, con el ejercicio de las luchas obreras terminó por dibujarse en el cuadro de la historia un pasaje hacia la Universidad-Masa. Con el New Deal (nuevo pacto) entre el capital y el proletariado bajo la forma del *welfare state* (Estado de Bienestar), traducido en términos académicos en un profesorado funcional y un estudiantado obrero incorporado a la universidad a través de distintos sistemas de subsidios laborales y familiares y becas de estudios, la Academia se convirtió al fin en una fábrica fordista destinada a la producción en masa de titulados que provenían de distintos estratos sociales.

Tras la crisis de la Universidad-Masa, y con la ofensiva neoliberal, a lo largo de las últimas décadas ha sido bocetado un nuevo pasaje. Se dirá que lo que aparece aquí es la forma de una Universidad-Empresa, crecientemente penetrada por las corporaciones empresariales, y constantemente reajustada a un mercado laboral en el que el viejo proletariado da paso al *precariado* (trabajo flexible, temporal, compuesto de subjetividades heterogéneas y derechos recortados). Pero la etiqueta "Universidad-Empresa" no puede funcionar sino es invisibilizando la articulación más compleja en la que ésta se constituye y que en de un modo más completo la redefine como Universidad-Metrópolis. La elección de una u otra definición es determinante a la hora de pensar hoy las alternativas posibles. Quien desde el catalejo de la izquierda tradicional, quedándose en la mera crítica de la Universidad-Empresa, no es capaz de ver la complejidad contradictoria de la Universidad-Metrópolis, tan sólo está en posición de criticar la privatización de la institución, y en consecuencia, no es capaz de pensar los posibles más allá de la falsa

alternativa público/privado. De ahí que sus constantes alegatos en pro de un rescate nostálgico de la periclitada forma de la Universidad-Masa. Sin embargo, la Universidad-Empresa no es más que una de las hélices que dan forma al ADN de la Universidad-Metrópolis. La otra, por supuesto, está formada por la universidad invisible.

Universidad-Metrópolis –decimos. Por un lado, su ADN está tejido con la hélice de un devenir-empresa que define a la Academia en los términos tecnocráticos de la eficiencia y la rentabilidad, que traza las líneas generales de los procesos de privatización, y que se adapta ecológicamente a un medio-ambiente de trabajo flexible y precario. Pero por el otro lado, un devenir excesivo, si acaso monstruoso, más allá de los límites diáfanos y la pureza de los confines.

0.3. Más allá de los confines.

Así como la fábrica fordista era un lugar de confinamiento y disciplina en masa, también lo era la Universidad-Masa. De un modo bastante exacto, su esfera productiva se correspondía con los límites temporales (tiempos de estudio/trabajo) y geográficos (*inside the walls*) de la institución académica. En tal modelo de sociedad, las fronteras entre un espacio de subjetivización y otro eran nítidas. -Uno estaba en la fábrica, ahí se limitaba el tiempo/espacio de trabajo y la medida de su valor-. Uno estaba en la universidad, luego pasaba al lugar de trabajo, un tiempo para estudiar daba paso a otro, distinto y sucesivo, ahora acotado por el empleo. La vida se organizaba como en una serie evolutiva, a través estratos teleológicos fraccionados por un número de ritos de paso que tendían a ser irreversibles: estudio-durante-la-juventud, empleo-para-toda-la-vida, matrimonio-hasta-que-la-muerte-nos-separe, *etc.* Pero esto ya no es así. La sucesión vital que concatenaba los distintos espacios de confinamiento –ahora en la escuela, ahora en la fábrica, ahora en la universidad, ahora en la oficina- ha implosionado por doquier con la llegada de un nuevo capitalismo; llámese éste “sociedad del conocimiento”, capitalismo semiótico, cognitivo, creativo o postindustrial. Así, por ejemplo, la llamada “formación continua” excede ahora cualquier linealidad y confinamiento. Más allá de la linealidad de los confines, los individuos pasan por un bucle que es repetido sin fin y que obliga a que sus narrativas vitales oscilen entre el máster y el trabajo temporal, el curso de formación y otro empleo efímero, mientras que el propio profesorado, en cada vez más casos, tiende a reproducir las formas flexibles y temporales precarias.

De hecho, la propia dicotomía entre un espacio/tiempo de trabajo y otro de ocio se derrumba ante la emergencia de las formas de trabajo calificadas como “atípicas”. Esto es así para lo que concierne a todas esas formas resumidas en las figuras del “voluntariado”, los becarios, el trabajo desde el hogar, los trabajadores autónomos, el artista y el trabajador del espectáculo, los *freelance*. Sin embargo, estos ejemplos no son más que la punta del iceberg. Lo atípico se convierte en norma cuando la centralidad del proceso productivo se desplaza desde el ámbito de lo industrial hacia la producción y distribución de productos inmateriales –a saber: producción de afectos, relaciones, signos y semióticas, estilos de vida y conocimientos expertos. No es sólo que el sector central se desplace desde el ámbito industrial a los servicios, sino que cambian las formas creativas y la cualidad de la propia producción: sus objetos y sus formas.

Entra en juego aquí un dato en relación al lenguaje que en absoluto es anecdótico: si durante la primacía de lo industrial el trabajar en silencio -en la cadena de montaje- era un imperativo, ahora el acto del habla se convierte en la propia condición *sine qua non* de la producción. Y así como los *consumidores* deben hablar -han de convertirse en invisibilizados y no remunerados *productores* de ideas y estilos de vida que más tarde los técnicos del *marketing* reempaquetan para extraer de ellos la plusvalía-, del mismo modo el lenguaje se convierte en un recurso productivo fundamental en las fábricas y empresas: el obrero ha de manejar los lenguajes y los códigos de los procesos tecnológicos automatizados; los empleados han de contar sus historias para mejorar la productividad de la empresa (*organizational storytelling*); el lenguaje de las relaciones públicas y los publicistas se convierte en un elemento central de la producción *just in time*. Existe toda una legión de cuerpos productivos parlantes: los *call centers* y las distintas formas de atención al cliente, vendedores de seguros o de lo que sea, abogados, *cool hunters*, asesores, investigadores de mercados, equipos de Investigación y Desarrollo, creativos, etc. Existe además una transversalidad creciente que modifica la composición de las relaciones productivas.

Estas nuevas relaciones producen una incertidumbre o indeterminación en las categorías sobre las que se asentaba la modernidad política y económica. A este respecto, la crisis del concepto de trabajo puede resultar esclarecedora. El movimiento feminista la puso en jaque una vez que criticó que tras la dicotomía público/privado se escondía un trabajo -“femenino”- no reconocido, invisibilizado, el de las amas de casa. Pero esta crítica puede extrapolarse a muy distintos ámbitos. Así como el trabajo invisible de los consumidores es condición *sine qua non* de la labor de los departamentos de *marketing*, la creciente

participación de los pacientes clínicos en el mundo de la medicina los convierte a éstos en sujetos productivos de la propia elaboración de la definición de la vida y su gestión sanitaria, y del mismo modo, la creciente participación de los movimientos sociales en la *gobernanza* -delegada por el Estado al neoliberalizarse- evidencia un trabajo no reconocido en la gestión de lo social. *Las invisibles* –decimos, y ahora nos preguntamos- ¿Por qué lo que hace un ama de casa no es reconocido como trabajo mientras que lo mismo que hace otra mujer es calificado como trabajo doméstico; por qué lo que hace un político es un trabajo y no lo que hace cualquier activista; por qué la producción de estilos de vida de un consumidor no es un trabajo y en cambio si lo es quien diseña su venta; por qué la contribución a la ciencia a cargo de los “objetos de estudio” no tiene ningún reconocimiento pero en cambio si lo tienen la actividad deudora de los científicos?

0.4. La *universitas* de lo invisible.

Todas las figuras sociales hasta aquí reseñadas comparten una serie de elementos comunes: su producción es directamente colectiva. En tanto que intertextual forma parte de un *general intellect* social que desborda además los viejos confines, ya que se produce en la metrópolis, en cualquier lugar, en la puesta en circulación colectiva, es decir, una producción que ya no se articula hegemonícamente sobre el espacio cerrado del confín sino en el espacio abierto del territorio, ya no tanto en lo sedentario como en lo itinerante, centrado alrededor de la movilidad de mercancías, de cuerpos transfronterizos, de lenguajes y saberes. En este sentido, podemos decir que la metrópolis es al postfordismo contemporáneo lo que la fábrica era al fordismo. Emerge aquí la otra hélice, la invisible, aquella que con el devenir-empresa de la Academia insinúa la formación de la Universidad-Metrópolis. La producción universitaria excede por todas partes el confín académico y se expande por el tejido metropolitano físico (malladas urbanas) y virtual (Internet); ahí se crean nuevos saberes, nuevos experimentos, nuevos conocimientos en el encuentro de múltiples agentes que aún sin patentes académicas aportan conocimientos expertos.

De nuevo, el ejemplo del lenguaje sirve para expresar la idea que intentamos retratar a brochazos descriptivos y conceptuales. Decíamos que con el giro postindustrial de lo social el lenguaje se convierte en una facultad productiva fundamental. Decíamos que el catalejo oxidado de la izquierda no era capaz de imaginar nada más allá de lo público y lo privado. Pero el lenguaje jamás es ni público ni privado: ni remite al terreno de la patente ni a la de la forma de gestión estatal. Aunque se trate del mecanismo mediador por excelencia, no necesita ninguna forma de mediación. Muy por el contrario, el lenguaje es

común, algo directamente colectivo, social de por sí y sin mediación de lo público/privado; algo común que requiere de la traducción de lo heterogéneo y de la presencia del *Otro* para poder ser ejercido y transformado. Sólo así produce el lenguaje: directamente en colectivo y en transversal. Como la producción dominante en el capitalismo semiótico contemporáneo, el lenguaje no es individualizable, y no es posible regularlo a través de lo público o lo privado si no es al precio de la propia destrucción de sus potencialidades. El lenguaje, siendo común, solo hace proliferar sus singularidades a través de un plano igualmente común, que para ser productivo, más allá de los confines y estriamientos de la gramática, ha de permanecer abierto en su hermenéutica textual y a lo largo de la producción trópica, como en el lenguaje del poeta, como el lenguaje del enamorado y del revolucionario.

Algunos autores han hablado de los “colegios invisibles”, esto es, los grupos y redes no reconocidos formalmente dentro de los organigramas académicos, pero que no obstante son imprescindibles para la producción de conocimiento. Sin embargo, esta producción va más allá de los grupos de interés o de las comunidades universitarias informales –colegio- para expresarse bajo la forma de la universalidad social –*universitas*-. La crisis de la universidad-confín se evidencia en su extralimitación espacial y geográfica, expandiéndose a través de la nueva “fábrica social” -la metrópolis física y virtual-, y en la interconexión de las distintas temporalidades hibridadas -implosión de la dicotomía y la linealidad narrativa definida por el par “tiempo de ocio/tiempo de trabajo”-. A la vez que la producción del *general intellect* en el ciberespacio metropolitano se vuelve decisiva para la formación del saber universitario, se observa una creciente contribución a este tipo de saber por parte de muy distintos actores: consumidores, pacientes, movimientos sociales, ONG, movimientos vecinales o sindicales, *etc.*

¿Qué nos dice todo esto a propósito de la universidad invisible? La Universidad-Metrópolis ha de comprenderse en las nuevas declinaciones productivas de lo social que hasta aquí han sido esbozadas. Dada la crisis de conceptos tales como lo político o el trabajo, el espejo de la producción neoliberal ya no puede recurrir más que a la norma -ese reflejo perverso al que hemos hecho alusión-. Recordemos que durante la modernidad la medición del valor trabajo se realizaba en función del tiempo de trabajo de sujetos productivos individualizables. Pero la producción ahora no puede ser sino directamente colectiva y social -así como ocurre con el lenguaje, así la producción de un artículo científico está compuesto por un sin fin de citas, recogidas del *general intellect* que distintos actores han volcado en la Red más allá de los confines de la propiedad privada-. Por otra parte, dada la implosión

de las dicotomías que dividían entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio, debemos concluir que la medición, realiza en los términos de la Teoría del Valor, resulta ahora imposible: un publicista, un relaciones públicas, un investigador no cesa de producir, ya esté en su oficina o en cualquier parte, ya esté el investigador en la universidad o no, pero siempre produciendo dentro de un conjunto mucho más amplio que el confín universitario, siempre una creación que es mucho más que individual, una creatividad que, como el lenguaje, es directamente social y bebe del *común*. Posiblemente esto siempre fuese así, es decir, siempre la producción intelectual ha sido elaborada bajo la forma del intertexto. La novedad reside en la intensidad con la que la metrópolis penetra ahora en las relaciones de saber/poder, y que además, este dato intertextual que un día fue anecdótico, se ha convertido en la forma dominante de la producción social contemporánea.

Debido a la imposibilidad de los requisitos de individualización y medida sobre los que se asentaba la Teoría del Valor, el espejo del capital ya no puede representar el tiempo de trabajo, sino simplemente la propia norma del capital, la patente y la regulación que discrimina qué es y qué no es trabajo, invisibilizando la tactalidad universal, esto es, el encuentro de cuerpos heterogéneos esparcidos sobre el lienzo metropolitano. En este sentido, si lo que expresa la Universidad-Empresa es este reflejo privatizante, la Universidad Invisible muestra la otra cara de la Universidad-Metrópolis, que más allá de lo público y lo privado, insinúa un nuevo *común* que ha de inventar nuevas formas de vida política tomando la metrópolis como su terreno de experimentación y conflicto. El reto no es otro que el de hacer proliferar la tactalidad invisible, la proliferación de sus formas de vida y redes creativas, inventando para ello las instituciones que las aseguren y las multipliquen. Pongamos un ejemplo práctico: el *copyleft*. La oposición al *copyright* el *copyleft* reconoce la autoría pero permite la copia y la distribución, es decir, se trata de un mecanismo que reconociendo la aportación de cada *singularidad* reconoce a la vez el *común* permitiendo así su proliferación.

0.5. Una propuesta: la Universidad Invisible como institución-monstruo.

Al hilo de estas reflexiones un grupo abierto de docentes, investigadores y profesionales hemos creado una red a la que llamamos Universidad Invisible. Decimos que la Invisible es una "institución-monstruo". Como es bien sabido, desde tiempo atrás, en las culturas occidentales el monstruo ha sido una figura ambigua, a la vez de normalización y de problematización. Si el monstruo representaba lo contra-natura lo hacía porque en su cuerpo se daba la recombinación imposible de los códigos de lo humano con lo animal, de lo real con lo fantástico. Como figura de problematización, compuesta de límites e

hibridaciones imposibles, en el monstruo se reconocía por oposición a él lo que debía ser lo normal, la regla y lo posible. El monstruo como límite excéntrico era instrumentalizado para moldear desde el exterior la normalidad. Pero en tiempos de incertidumbre su mecanismo bien puede funcionar de otra manera. Esto es, el monstruo como un *agenciamiento* de códigos heterogéneos que visualiza los nuevos posibles creados, las nuevas formas emergentes, las lógicas y los compuestos que pueden transformar lo dado. Lo monstruoso es hoy la norma, tanto en las formas de la producción del saber, como de la producción de corporalidades. El monstruo hoy es un signo ya no de lo real o lo fantástico, sino de lo *emergente*.

En su experiencia concreta la Universidad Invisible mezcla los códigos y las funciones de la Academia, los movimientos sociales y las instituciones artísticas, enhebrando con ello y en un mismo hilo multicolor los campos transversalizados de la teoría y la *praxis*. Nuestra institución-monstruo pretende experimentar con nuevas formas de institucionalidad, creando un dispositivo que permita traducir los códigos de cada uno de los tres ejes para visualizar la *universitas* de la tactilidad invisible. Para ello nos insertamos en los intersticios de la Academia, el arte, el movimiento y el suelo metropolitano. Asimismo, con la voluntad de poblar estos lugares liminales, articulamos un dispositivo que apostando por una creatividad crítica desea ir más allá del simple rechazado a la Universidad-Empresa. En este sentido, lo que ofrece la Universidad Invisible es un programa de docencia alternativa que experimenta con las formas pedagógicas, problematizando las jerarquías académicas e intentando renovar los análisis sociales y los debates teóricos, al tiempo que ejerce también una serie de programas de investigación declinados en clave experimental, colaborativa y cooperativa. Brota aquí un último aspecto de la relación entre la crítica institucional y la invisibilidad, que no obstante ya sido insinuado.

Decíamos que con la emergencia del capitalismo semiótico y postindustrial, la universidad vivencia un devenir-metrópolis. Contra la invisibilización en el espejo normativo de esta tactilidad creativa invisibilizada hemos tomado posición a lo largo de este texto, y hemos propuesto, en fin, la creación de instituciones-monstruo. El segundo aspecto de esta crítica emerge durante los procesos de investigación y de los diseños de la misma, problematizando la propia distinción entre sujeto y objeto. No basta con crear un conocimiento que se diga socialmente comprometido y crítico. La propia forma del conocimiento y de la crítica debe ser puesta en cuestión, así como ha de hacerse lo mismo con las formas a través de las cuales el saber es narrado y textualizado. La relación entre investigador e investigado jamás puede ser unidireccional. Reconocemos

aquí una interacción, un manoseo de uno y otro, una tactalidad de ida y vuelta, y un constante proceso de traducción y recombinación que puede ser visualizada en el texto académico o no, pero que siempre es constitutiva de la experiencia científica. La cuestión remite al fin al problema del *quién habla*. Y en este sentido, en lugar de seguir con el modelo clásico de la representación (hablar por el Otro, reificar al Otro), el saber crítico ha de reconocer en el “objeto” una agencia, un cierto conociendo experto, esto es una *status* de sujeto. Se intuirá que lo que está en juego no es sólo un modelo u otro de elaboración del *saber*, sino una cuestión directamente política insertada en las tramas del poder y el saber.

Las reflexiones en este texto volcadas nos llevan de nuevo al punto de inicio: *no basta con criticar el devenir-empresa*. Lo que la Invisibel propone es esto y *algo más*. Ya que el reto es disipar la carencia, la propuesta ha de seguir el recorrido de una ontología positiva que mediante la degustación – experimentación- del cuerpo invisible, haga aflorar su tactilidad metropolitana invisibilizada. La cuestión, al fin, no puede ser otra que la de hacer proliferar las distintas expresiones de la universidad invisible, el común de la creatividad social, la *universitas* productiva y antagonista a través de la formación de redes críticas e instituciones-monstruo.